

María Monvel

2 poemas

Interior

SUMAN penas mis nostalgias,
hace frío, llueve, hay viento.
La vida plena en mi alma
y el corazón descontento.

Lograda, en puño nervioso,
la felicidad sostengo.
Mis hijos ríen en coro...
y el corazón descontento.

De toda la dicha grande
nada se fué entre mis dedos,
pero se escapó una brizna,
y el corazón descontento.

Por una brizna tan sólo,
por una brizna padezco,
y con juventud y amores
el corazón descontento.

Chisporrotea la llama,
la llama que es mi elemento.

Nunca ha quemado mi piel...,
y el corazón descontento.

Los dedos que mis mayores
hilo en la rueca tejieron
maltratan mi corazón,
¡mi corazón descontento!

Los dedos ociosos, y
como fragua el pensamiento.
¡Oh, rueca de mis mayores!
¡oh, corazón descontento!

Tejeré largo tus hilos
con mis aguzados dedos
y ataré mi corazón,
mi corazón descontento...

Balada a Don Juan

¡**C**OMO evoco tu recuerdo, Don Juan
esta noche 1928!

Miro feas calvas, y recuerdo tus rizos y tus plumas,
veo tiesos smokings, y recuerdo tus trajes de terciopelo
y tus adorables mangas de encajes.

¡Oh, Don Juan, y pensar que no puedo volver a verte
porque al morir tuviste miedo
y te encerró el cielo en sus altas rejas inapelables!

¡Oh, Don Juan, tener miedo tú;
tú que hacías saltar la sangre con la punta de tu espada
como quien descorcha botellas de champán!

Tener miedo a un poco de fuego y de ceniza
y no tenerlo al hastío del cielo!

¡Cómo se conoce, Don Juan, que en vida no te aburríste nunca!
y cómo me parece ahora verte
de la mano de Doña Inés

—matrimonio que dura cuatro siglos—
en medio de muchos ángeles sentado.

En el hastío celestial, tus ojos habrán perdido el brillo
y tu mano firme se habrá puesto pálida y gorda.

¡Oh, Don Juan, tu cobardía de un minuto
nos privó de ti para siempre.

Ahora los hombres odian a Don Juan
y pasan cerca de las mujeres que también los odian
dejando apenas «su» recuerdo
como el rocío de un perro en una puerta.

Tú tenías las miradas centelleantes,
pero no tanto como las monedas de oro
que arrojabas con esplendidez.
Nunca te manchó las manos el trabajo
ni su preocupación la imaginación.
Había esclavos entonces, Don Juan,
para que tú fueras dichoso,
durmieras en el día,
y escalaras tejados por la noche
como romántico gato del mes de Agosto.
Elixir contra el hastío
poseías, Don Juan,
y lo disipabas con tu sombra
hasta dentro de los conventos.
Tu negra capa ensombrecía más la noche
y velaba el sol en el día
cuando te hacía falta.
Pero los hombres quisieron suprimir los esclavos
cuando había señores y esclavos,
y para ser todos señores
se convirtieron todos en esclavos.
Hoy pagan el champán temerosos
con billetes feos y opacos
como sus ojos cansados de oficinas.
Huyen de la mujer
que todavía no paga sus gastos.
¡Tan libre tú, Don Juan, en cambio
sin la maldición del trabajo!
Tu belleza y tu oro
seducían a las mujeres por igual,
que oro sin belleza no es bello
como tampoco es bella la belleza sin oro.
Valiente caballero
que creías en otra vida
y no temías por ello a la muerte.
¡Oh, cómo te evoco en esta noche de fiesta

entre tanto hombre de smoking
esclavo del día de mañana!...
Todos pobres, hasta los ricos,
y los pobres más pobres que nunca!
Y haberte marchado tú al cielo, Don Juan,
y haberte dejado la espada a la puerta,
y tu jubón de terciopelo y tu pluma adorable
para vestir túnica y alas
como un moscardón de mal gusto!
Y no poder salir ya nunca
de la celestial oficina
donde tienes que escuchar las conferencias de los ángeles
—ley seca como en Nueva York—
y quizás vestirse de smoking
para las ceremonias oficiales...
¡Oh, Don Juan, maravilloso Don Juan,
haberte perdido para siempre!